

Fernando Butazzoni

Aunque no sirva para nada

Es un buen ejercicio descubrir qué hay detrás de tanto firulete. Aunque no sea rentable, aunque no sirva para nada, aunque parezca una gimnasia vana del intelecto y sea condenada para siempre. Entender desde la inclusión es siempre la mejor manera de entender. Peor le fue, después de todo, a Julio Herrera y Reissig con aquello de: *“En hipótesis se pierde/ el horizonte errabundo/ y el campo meditabundo/ de informe turbión se puebla/ como que todo es tiniebla/ en la conciencia del mundo”*.

El mundo, sí. El mundo empeñado en adornar los textos que produce. No se habla aquí de los libros, sino de los textos de la vida, los que escribimos los individuos y las sociedades aún sin saberlo. El Uruguay parece dedicado a ello: adorna sus textos hasta hacerlos ilegibles. Está el obvio texto del hambre, por ejemplo, que escriben muchos chiquilines que no saben escribir otra cosa que sus ojos famélicos. Ellos escriben el texto de sus ojos pero el país no los lee. O el texto del descalabro financiero convertido, de pronto, en alfa y omega de nuestros destinos, como si otra zarza ardiera. Qué pobres fuimos. El texto, en fin, de muchas desesperanzas que ya amagan escribir los textos de la desesperación. Cuidado: con trazo rápido, las unas mudan en las otras, se reescriben *“de informe turbión”* pues el mundo siempre ha producido textos que están más allá de la escritura.

Pero las vacas flacas desnudan una peculiar incapacidad humana para leerlos. No es la gran “Historia” la que marca ahora sus amargas caligrafías, sino la vida llana de cada día. Apocalipsis evidente, Gog y Magog del que formamos parte sin entender.

Desde hace mucho en Montevideo hay compatriotas que preparan pequeños paquetes de comida y los tienen ya listos para entregar al primero que pase pidiendo. Y otros compatriotas pasan. Y piden comida. Y así se alimentan los unos y los otros.

No es cierto que coman las migajas que caen de la mesa. Hay muchas familias que comparten su comida, que es casi todo lo que tienen. En la avenida San Martín don Manuel Calviños, de 73 años, ex bolichero, instaló un comedor popular en el garaje de su casa. Lo que daba de comer lo pagaba de su bolsillo. Así, alimentó a decenas de personas cada día, durante un mes. Después se quedó sin plata y cerró el comedor.

En la Argentina desfondada del 2002 hay niños que se mueren de hambre. La televisión los descubrió hace unas semanas y entonces esas imágenes –que algún frívolo llamó “africanas”– ocuparon el lugar del hambre. Argentino hasta la muerte, ese niño ya agónico sonreía complacido ante la cámara de televisión. El texto, en ese caso, fue anotado y modificado de muchas maneras: con un espíritu de denuncia, en la mejor de las hipótesis; por simple sentido del espectáculo del drama, en otras. Así las cosas, “*como que todo es tiniebla*”.

Cuenta Anthony Grafton en su ensayo sobre el lector humanista, que Petrarca odiaba los caracteres diminutos y apretados de la letra gótica, por imposibles de leer y enrevesados en su forma. El poeta aseguraba que el lector de estos *peciae* terminaba “*comprando no sólo un libro, sino también la ceguera que lo acompaña*”.

En realidad Petrarca realizaba sus ejercicios de criterio con un talento a veces furibundo, desbrozando los caminos del futuro Renacimiento europeo, que cambiaría de manera radical las ideas sobre el libro y la lectura. Pero también denunciaba, con espíritu más bien irritado, la intromisión de otras manos, otras plumas, otras letras y otras ideas en esos mismos textos.

En el (¿lejano?) mundo académico medieval los textos, divididos en fragmentos para repartir entre muchos copistas, se escribían en dos columnas, ocupaban un espacio reducido en el centro del folio y estaban rodeados por un cúmulo de anotaciones realizadas por comentaristas del original, profesores, estudiantes y aún por los propios copistas. Esas notas eran escritas en letra todavía más pequeña, abigarrada y difícil de leer. Así las cosas, para que el lector pudiera llegar al “centro del texto”, es decir al verdadero original, debía afrontar una empresa difícil, muchas veces sembrada de emboscadas y casi siempre adornada con dislates frondosos.

Hermosa y cruel metáfora de las ideas, las notas marginales de aquellos textos —que hoy tanto se valoran en las casas de remates— no eran una democrática intrusión en el saber de los doctos, sino más bien una distorsión emparentada con el ocultamiento y la falsedad. El *sophistikós* entraba así a las cátedras por la ventana.

Hoy reina.

Muchas batallas debieron ser libradas para que, en el transcurso de los dos siglos siguientes, esa situación se modificara en su sustancia: Mutianus Rufus, Erasmo, Poggio y otros humanistas fueron proponiendo e imponiendo, escalón por escalón, una nueva forma de edición y de lectura, la cual desplazó por completo a los afanes del escolasticismo. Los libros quedaron, por fin, casi despejados de orlas comentadas y de marginales acotaciones. La imprenta, los caracteres móviles, y sobre todo la secularización masiva de los textos, produjeron una nueva realidad, que habría de erigirse poco a poco en paradigma. Surgió así el lector moderno, capaz como quería Petrarca de ejercer el criterio propio en la lectura, es decir el discernimiento, y no sólo de asumir pasivamente el canon de un conocimiento ahistórico, tal como acontecía con los libracos de las *auctoritates*.

Pero así fue que nació, también, la era de “los demasiados libros” a la que refiere Gabriel Zaid en su conocida serie de ensayos, compilada luego, oh paradoja, en un libro. Así llegó el tiempo del exceso, del secreto por demasía, de la comunicación que nos deja mudos. Llegó el tiempo de la ceguera.

¿Un mundo sin libros? Mejor preguntar: ¿un mundo sin textos? El libro puede ser apenas una metáfora. Hoy la sociedad humana parece volver sobre sus pasos para retomar la medieval costumbre de rodear el texto, cercarlo en la asfixia y acotarlo hasta lograr que se torne ilegible. No se trata de los libros, reitero, sino de los múltiples textos de la vida cotidiana con los que cada día nos enfrentamos. Lo que se lee en la calle, ese ambiente que se corta en una de las tantas esquinas de esta Montevideo poblada de saltimbanquis, malabaristas y limpiadores de parabrisas, ese chico tragado por una boca de tormenta, eso que no se dice en los informes, ese balance maquillado, en fin, lo que se lee en el alma de nosotros mismos, alma que “*en hipótesis se pierde*” aunque poca sea la diferencia entre los textos que escribe la vida en el norte argentino o los que escribe aquí nomás, en Cibils y La Boyada,

donde cientos de personas aguardan con avidez la llegada del camión del INDA.

Se asemejan también en el trabajo de los copistas que adornan, cambian y enmascaran el discurso. Puede ser un periodista afanoso, o un político alorado en la crisis, o una maestra de escuela que sólo sabe mirar el pizarrón. O el ejecutivo de cuenta de un banco. Puedo ser yo. Nadie se salva.

No se precisan ojos para esas lecturas. O por lo menos no son necesarios los ojos del cuerpo. Despojados, podemos interpretar lo excéntrico del texto para así entender el texto verdadero. Para seguir con Herrera y Reissig en su luminosa locura, podemos adivinar a la *“libélula embalsamada/ en un alfiler picada/ a la vitrina celeste”*.

El que quiere ver, que vea. Se entiende entonces, verdad tan vieja como el mundo, que a veces sólo la ceguera nos hace videntes. Son esas ocasiones en que nosotros mismos nos reescribimos y, sin saberlo, reescribimos también nuestro universo cotidiano. La ciudad, la gente, sus pasos, el tormento, la esperanza. Así nos asomamos a otra forma de leer la vida. Es una forma posible que trata de entender los firuletes, que los incorpora y los padece aunque en apariencia sea esa una práctica perniciosa que no sirve para nada. Entender, al fin y al cabo, no es más que reescribir.

- S/d. Publicado en invierno de 2002.